



Negro sobre blanco

Esteban Quirós

(Madrid, *Artese quien pueda*, 2013/ *Mar del Plata*, *La bola*, 2014, 65-70)

Quedé para una cerveza con Gauna en el bar que queda cerca del hospital, en la mesa de siempre; existía la posibilidad algo remota de poder aclarar los tantos, de poder poner en orden el revuelto simbólico y sus malas asignaciones de objeto. Poner orden: negro sobre blanco. La cuenta de los días seguía. Desde el veintinueve, los días pasaban. Ya iban unos cuantos. No tantos como para poder ir haciendo costumbre, pero los suficientes como para sentir que toda la lógica que rige el mundo de todos los días, mi mundo, el que todavía deseo, aunque cada vez con menos éxito y menguadas expectativas, que nunca cambie, puede tambalear con metamorfosis injustificadas. El mozo dejó una botella grande de cerveza sobre la mesa del bar, con maní –Gauna dice «manises»–; una botella para ayudar a refrescar la garganta seca de los primeros días de marzo, del trabajo parejo a volumen regular, del mal trago de haber tenido que reemplazar a una cajera y haber estado toda la mañana hablando con la gente. Con los clientes del banco y sus módicas pretensiones de dinero. Extracciones y depósitos, aunque más extracciones que depósitos. Billetes manoseados con caras de próceres que iban perdiendo el color de tanto circular, de tanto pasar por manos y por máquinas de contar. Caras de próceres que, de a poco, se iban transformando en otros. Ni Sarmiento era ya Sarmiento ni Belgrano, Belgrano. La gente, los clientes del banco, en la caja, haciendo cola para ser atendidos por alguien como yo, degradado por un día al lugar del empleado raso, esa mañana. Los manejos con la plata, tan modestos, tan diferentes a los de la pantalla de mi computadora, la pantalla de todos los días. Parecía que el dinero era lo único que preocupaba a esa gente, mucho más que hacer la cola, incluso en la vereda, al rayo del sol que no perdona la hora. El dinero, tenerlo en la mano, pagar la cuota del club, alquilar un video, ir a Mar del Plata, llegar a fin de mes para ir con lo que sobró, otra vez, al banco y volver a ponerlo en la caja de ahorro. Los clientes, la gente que procura tener siempre un resto, cualquier resto, algo que sobre, para mantener la esperanza de poder ir de viaje a Estados Unidos algún día y comprarse un minicomponente. Yo recomendaría, si estuviera a mi alcance, a esa pobre gente, en lugar de un minicomponente en Miami, un viaje de exploración, de aventura, un safari, quizá, por Estados Unidos, por Estados Unidos y Jujuy; una expedición al edificio que está a unos metros de la esquina, segundo piso, el único de tres ambientes, el más codiciado por los clientes interesados, según la agente de la inmobiliaria que nos lo vendió. El departamento que en otro momento, en efecto, también era codiciado porque adentro vivía mi mujer, la morocha del segundo, de la que el pendejo que vive en el tercero me dijo, seguro en su ignorancia, que tenía un culo para comérselo con pan y manteca. Porque yo la llevé a vivir a Estados Unidos, como le hubiera gustado a mi suegra para poder tenerme lejos, para que su hija viviera lo más cerca posible del primer mundo. Y mi suegra ahí, siempre, mi suegra viniendo y trayendo sus cosas, infectando el departamento con las baratijas que compraba cada vez que viajaba, cuando traía minicomponentes chinos y walkmans y secadores de

pelo y planchas. Mi suegra que violaba todas las normas de peso de equipaje y que me tenía los huevos llenos de plomo. La llevé al departamento de Estados Unidos, Estados Unidos y Jujuy, ahí nomás de la esquina –pintoresco el barrio, decía mi viejo, un marplatense demasiado orgulloso de los alfajores y los lobos marinos–. Nos casamos en primavera, en septiembre del noventa y siete; el banco nos arregló una hipoteca a interés ridículo y nos compramos el tres ambientes más codiciado del edificio donde llevé a vivir a la que, en ese entonces, se convirtió en la morocha del segundo, la del culo más codiciado: mi flamante mujer, la hija de una madre –¡de una suegra!– que me decía siempre que no me merecía nada de lo que tenía: ni la casa ni su hija. Era un departamento de puta madre, hecho mierda por adentro, bombardeado por años y años de uso ininterrumpido, con el parquet levantado por la humedad de las plantas que la dueña anterior había regado hasta el abandono, con una pintura puesta en el año cincuenta y nueve, por lo menos. Un departamento de puta madre, que nos costó más de un fin de semana poner en orden, en nuestro orden, en disposición estable y rigurosa, donde cada objeto era sometido a juicio sumario para determinar el lugar que ocuparía de una vez y para siempre. Un verdadero orden. Hasta llegar, inalterado, al veintinueve de febrero. Éramos casi una familia, una familia de dos, en camino a convertirnos en una familia «tipo». Teníamos el departamento a pagar en todas las cuotas, a renovar y reconstruir, un cajoncito para poner la plata con la que íbamos a comprar el auto. Así iban las cosas. Negro sobre blanco. En orden. Yo era un empleado del banco que guardaba la plata en un cajón. Tenía una suegra que nos regalaba discos provocativos y sabrosos, una mujer que trabajaba en el consultorio de un pediatra. Un pediatra que estimaba mucho a mi mujer, que quizá la deseaba, –cómo saberlo, aunque fácil imaginarlo–, y todos los años le mandaba un cheque y un pan dulce para navidad. Tenía también una familia en Mar del Plata que a veces llamaba por teléfono y otras veces venía de sorpresa a visitarnos. Y tuve un veintinueve de febrero en que todo cambió y el sueño americano-jujeño se cayó a pedazos, se vino al suelo dejando como saldo un silencioso grito de terror ante un desayuno con dulce de duraznos; un grito sordo ante la debacle de la rutina y ese dulce de mierda. Ella era otra. Pero esto es historia vieja. Una transfiguración simbólica mal encaminada había detonado la bomba. Eso decía de Maidana, el analista profesional, Maidana. Yo prefería considerar la versión evolucionista: ella había cambiado porque estaba dando muestras de que podía llegar a ser tan turra como su madre. O no. Yo sabía que no era así. No. Había cambiado porque le había venido en gana cambiar. Ni porque vio alguna propaganda de shampoo por la televisión y le agarraron ganas de transformarse en una nueva mujer; como pasa con esa flaquita sin sal de Plusbelle que después de desparramarse el shampoo se transforma en esta otra colorada de tetas infartantes que cuando se lava la cabeza en la ducha gime, a los gritos, y se frota los pelos, como si estuviera teniendo un inexplicable orgasmo cosmético. O como en una propaganda de yogur. Aunque era el argumento menos probable: el verano se estaba terminando y con él las propagandas de yogur. Pero ella cambió. Sí. Cambió. No sabía por qué. Cambió. Ella. Ella cambió porque algo hizo que cambiara, un agente externo, una fuerza indómita, un poder sobrenatural, una voluntad envidiable. Nunca quiso parecerse a su madre. Nadie quería parecerse a mi suegra. Era una mujer «con personalidad, auténtica, sin complejos», como decían en las propagandas de la revista para chicas Thirteen, la revista que leía la hermana menor de mi mujer, una pendejita acomplejada que soñaba siempre con transformarse en otra. Mi mujer, en cambio, era así siempre, sin complejos, sin vueltas, auténtica así como era, la morocha más codiciada del edificio. Había conseguido, con la

independencia, un trabajo fijo, un buen pasar económico y un marido trabajador y buena gente, como siempre le decía mi madre a mi suegra, para su enorme sorpresa –por eso te tenés que venir para acá, me decía mi padre por teléfono, porque eso es lo que le hace falta a Mar del Plata, gente como vos, trabajadora y buena gente–. Yo creo que exageraba. Mi mujer había cambiado, era otra, distinta, cambiada, diferente, irreconocible. Cínica, me miraba todas las mañanas cuando le ponía ese dulce a las tostadas. Cínica, cuando llegaba tarde a la noche, todas las noches, con la caja de pizza en la mano, con la botella descartable de Budweiser, con esa pizza que tenía el queso pegado a los bordes. Cínica, cuando ponía el disco de Tito Puente con sus congas y marimbas y oye como va, mi ritmo, y hablaba largo rato por teléfono con su madre, mi suegra, y bueno pa bailar, mulata.

La ciudad ambulante

Darío Semino

(Buenos Aires, La libre, 2012, 142-145)

El río se movía crispado, errático, como una serpiente que avanza sobre la hierba mojada. Entre la tormenta y el deshielo habían desaparecido las orillas. No se podía decir con exactitud dónde terminaba el agua y empezaba la tierra, porque entre una y otra había una zona neutra dominada por el lodo y los mosquitos. En esa región ambigua había quedado San José de los Milagros y las Bendiciones. La urgencia no había permitido elegir un buen terreno para muda la ciudad. El suelo se movía debajo de las tiendas y las casas a medio construir. Los vestidos claros de las damas se arruinaban junto con los muebles que quedaban al aire libre. Ante la falta de casas y la imposibilidad de construirlas, algunas familias habían decidido desplegar sus posesiones a cielo abierto, imitando la disposición que los muebles tenían en las estancias. Se había armado así un pequeño barrio transparente, con casas sin techos ni paredes pero con sus límites bien marcados. Los negros, los comerciantes, los artesanos y las putas veían a los aristócratas pasearse por sus salones invisibles y adecuadamente amoblados. Para entrar a una casa había que situarse en el lugar donde supuestamente estaba la puerta y anunciarse ante un criado, el cual se dirigía a buscar a su patrón por todas las habitaciones para avisar de la visita. De vez en cuando algún criado descuidado olvidaba la correcta disposición de la casa y pasaba de una habitación a otra atravesando una pared. Esta acción constituía una falta gravísima peor que derribar una pared verdadera, el criado que la cometía recibía una sesión de azotes que lo dejaba al borde de la muerte. Solamente para los dormitorios se habían levantado paredes reales, hechas con madera, paja, barro o lo que fuere. Detrás de esos tenues tabiques los ricos guardaban el pudor y las conspiraciones.

–Volver es imposible y quedarnos es un delirio- decía, como para sí mismo, Camilo Torres, señor de las putas. A su lado estaban el tesorero Pedro Gaván y Diego Vilar, que en realidad era Ricardo. Se encontraban en el dormitorio de este último.

–¿Está seguro que es imposible volver? –preguntó Galván.

–Totalmente, hasta que el río no baje va a ser imposible cruzarlo y para eso falta medio año.

–¿Entonces?

–Entonces –interrumpió Villar– No nos queda otra que seguirle la corriente.

–¿Pero qué dice hombre? Se tiene la idea de construir una ciudad ambulante, como vamos a seguirle la...

–No existe otra forma de salir de acá. Hasta que no encontremos un lugar para instalarnos vamos a tener que aceptar lo que diga. Además, desde que pasó lo del incendio el pueblo lo quiere. Si lo matamos vamos a terminar yéndonos con él, como Casio y Bruto.

–¿Quiénes?–Pregunto Camilo Torres frunciendo el ceño.

–Nadie, no importa.

Los tres quedaron en silencio, cada uno metido en su propia reflexión. Hasta que Galván, con tono desesperanzado volvió a preguntar.

–¿Pero ustedes están seguros de que no se puede volver?

Los otros dos lo miraron con fastidio. –Pero sí hombre- le contestaron al unísono, sin dar más explicaciones.

(...)

Mientras los otros hombres fuertes de la ciudad perdían su tiempo en pensar conspiraciones que no se atrevían a realizar, el Gobernador parecía haber olvidado completamente las intrigas. Su inteligencia estaba ahora abocada a la concreción material de su plan: la ciudad móvil. Y esto no se debía a un crecimiento en la intensidad de su delirio sino al simple hecho de que la situación concreta en que se hallaba la ciudad requería una solución de este tipo. De algún modo había que mover todo y era necesario hacerlo de una forma menos caótica que la vez anterior. Había ordenado al Lechuza que partiera a explorar el territorio para elegir hacia dónde desplazarse. Habían pasado ya varias semanas desde su partida cuando el Lechuza volvió para brindar el siguiente informe:

–Hay que ir derecho para el sur. A medida que se terminan los terrenos inundados se levanta un bosque bastante imponente, de árboles inmensos, a lo mejor milenarios. Pasado el bosque, cuando el terreno empieza a bajar, se abre una pradera grande, verde, cómoda, con tierra que parece buena y algunos riachos y arboledas. Hay algunos indios, parecen tranquilos, viven de la caza y nunca vieron un hombre blanco.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque me vieron y no tuvieron miedo.

–Está bien. Entonces ese va a ser, por ahora, nuestro destino. Con lo que me acaba de decir ya se soluciona todo. Hay que usar esos árboles de los que usted me habla. Mañana mismo quiero que parta usted con un batallón de leñadores. Hay que construir plataformas, como carretas pero más grandes y en cada una montar varias casas.

–Pero cómo las vamos a mover, no tenemos suficientes caballos.

–De eso me encargo yo. Vamos a usar todos los caballos que tengamos, más las mulas y los burros y también vamos a poner a los negros a tirar. Y para que alcance me voy a ir a la pradera con un par de brutos y me voy a traer a todos los indios que pueda.

El modelo aéreo

Leonardo Sabbatella
(Buenos Aires, Mardulce, 2012)

Pintor y profesor. Constelación

Alcanzarían algunos objetos para hacer una radiografía más o menos precisa del profesor y el pintor; las cosas que han dejado, o mejor dicho, el estado de las cosas que han dejado al morir, el puñado de objetos que llevan con ellos en el momento de morir. Sus gabinetes de trabajo indican una constelación particular para cada uno. El profesor siempre con sus gafas marrones, incluso en verano con la boina de lana que se había traído de un viaje. Siempre rodeado de libros de sociología clásica, apuntes propios y ajenos, fotocopias anilladas, mil veces subrayadas con colores distintos. Los algodones en la mesa de luz a los que necesitaba echar mano cada vez más seguido. El cuerpo encontrado llevaba caramelos en los bolsillos. La mayoría de los días el profesor calzaba mocasines, las llaves del auto siempre en el último lugar que se le ocurría consultar. Las camisas arrugadas que cuelgan de las perchas del armario tienen manchas casi en los mismo lugares, una gorrita roja con una sigla que se enorgullecía de no haber lavado nunca. Un auto chocado por los cuatro costados. Ideas e interpretaciones de textos anotadas en el revés de una boleta de gas, el índice del que sería su próximo libro, escrito detrás de un volante que le entregaron mientras hacía tiempo en el bar del Instituto. En el caso del pintor, fueron encontrados el atado de cigarrillos y una de las pequeñas cajas de fósforos que solía utilizar, un llavero con sus iniciales, y en otro bolsillo, una llave suelta. Las remeras, siempre un talle más grande que su cuerpo, apiladas en una silla, en el piso un reloj despertador rojo. Debajo de la cama, una caja con fotos viejas, un pasado ajeno que no alcanzó a borrar. Dos cafeteras de vidrio que lavaba muy de vez en cuando, las llaves del taller siempre en el mismo bolsillo: el delantero izquierdo. Los dedos teñidos por la nicotina, un anillo de plata heredado. Lápices mecánicos diseminados por todos lados, dibujos como ejercicios de entretimiento en libretas donde las hojas están separadas por un papel de calcar. Dentro de un ropero, una improvisada pinacoteca con los trabajos más preciados envueltos, ceniceros como estacas poblaban la casa siempre repletos de ceniza.

(74, 75)

Greta. Hotel

Greta decide tomar un trago antes de acostarse, baja al lobby del hotel. Diseñadora de alta costura, emigró hace dos décadas en un arrebato, cuando solo era una estudiante indisciplinada. Se recuesta en un sillón rojo con la copa en la mano, detrás hay un jardín iluminado por unos focos de luz baja. Calcula que la piscina también debe estar iluminada. Una relación tensa con el pintor en la que no logran encontrarse, fuera de sincronía, decide las reglas del futuro. Caprichosos, intolerantes, impunes, viciosos. Un par de cuerpos jóvenes y atractivos, dos animales de los que nadie podía saber cuándo jugaban y cuándo se herían de muerte. Por el piso alfombrado del hotel camina un viajante de comercio; recién salido de la ducha, baja a dar una vuelta por el jardín. Observa a Greta que parece muy

concentrada en el contenido de la copa. Lo que para el pintor siempre fue una decisión apresurada de Greta, se transforma, con los años, en un destino inalterable. El cielo que los ampara se desmorona. Greta piensa que ahora tal vez lo único que le queda sean las vidas que no pudieron vivir, esa potencia, una posibilidad abortada. Desde la barra del hotel, el viajante de comercio mantiene la mirada sobre Greta, espera los movimientos de la mujer que observa para decidir qué hacer. El inicio del amor entre Greta y el pintor es como un pantógrafo: la vida de uno dibuja la del otro de un modo exacto. Pero no tardan en llegar algunos miedos, la sensación de ser absolutamente fútil para el otro. Los reproches y las reconciliaciones se superponen. Son extremos. Greta evoca la noche en la que decidió dejar de hablarle y un par de semanas después viaja a estudiar a otro país. Ni siquiera recuerda bien las causas de la ruptura, fue algo así: se desencuentran, el pintor llega un par de horas tarde porque confunde el lugar de la cita y la espera, idiota, en otro lugar durante casi dos horas. No es la primera vez que la impuntualidad y la confusión los distancia, pero ese día fue el definitivo. Greta deja la copa vacía en una mesa baja y camina hacia el ascensor. El viajante de comercio duda un instante y ya es tarde: la puerta del ascensor se lleva a Greta que se mira en el espejo del techo. Alguien esta noche se irá a dormir pensando en la belleza anónima de la mujer que no sabe que se llama Greta y que acaba de cruzarse en el lobby del hotel.

(82,83)

País de detalles

Alfonso Mallo
(RiL, Santiago de Chile, 2012)

1
Ojos en el agua

En el río que atraviesa la ciudad hay varios pájaros que se mueven, y van y vienen: el viento es favorable para el vuelo. El líquido marrón va y viene como cuando estábamos allí o aquí, de este lado de las montañas. Ahora nos separa tan solo lo que vuelve, la ficción, ese estilo en el habla o la respiración que ya no tiene sentido recordar.

(17)

28
Vicios tontos, culpas, el sueño perdido

Para F.

Si sobrevivo al tabaco, al insomnio y a los libros leídos con luz de la espalda; si la miopía no me mata los detalles antes de que la sinapsis necesaria me haga comprenderlos en el reflejo de la luz corporizando los objetos; si vuelve el fantasma de quedarme sin palabras cuando me descubran –o su explicación–; si acaso la rémora de lo que fue me hace desconocer los atuendos de moda, los peinados y los tatuajes a los que jamás me atreví; si me diera por volverme peronista, cantar al Paz Martínez o vestirme de marrón y celeste – con mocasines sin cordones–; si quisiera, un día cualquiera del futuro, revivir lo que ya pasó, entonces tendrás que venir otra vez igual que el sueño, según lo recuerdo desde la infancia: con la potencia avasalladora de la sorpresa infinita.

(48)

30

Cilantro

Al principio creí que el cilantro era aquello que allá llamaban perejil. La similitud de las hojas, la textura antes de olerlo y el color los hacían uno y la misma cosa. Hasta el precio irrisorio del manojo lo volvía algo capaz de trascender la distancia y el clima adverso de las góndolas enfriadas del supermercado. Pero como el temor infantil a crecer y que la altura, en algún punto de ese cuerpo inmenso mirado desde abajo, acabe por quebrarnos, descubrí tarde que no hay dos cosas exactas para dos sitios distintos de este mundo. Incluso aquellas que parecen iguales, tanto que quizás lo sean, al final muestran su fatal disidencia.

(50)

52

El relato

Empecé a escribir este país recién a los tres años de haber llegado, cuando el otro se transformó en algo extraño y se plegó, sin más trámite, a una lógica que por desconocida se hizo atrayente. Un globo rojo flotando en la cuadra más sucia de la ciudad que obliga a fijar la vista, reconcentrado. No se trata de volver a empezar ni hay nada en todo esto que tenga visos de redención o trascendencia –otra vez, sí, ese asunto, que aquí llamarían cuestión–. Es, si cabe, la confirmación difuminada de lo que pasa, esas cosas que en apariencia están ahí pero que, en algún punto, empiezan a desvanecerse. Vuelve la hora en que hay la falsedad de un comienzo, surgen los hoteles, los bares, las calles adquieren un tono familiar y acaso la enumeración sea apenas la única manera de fijar el recoveco más pequeño de la alienación. El recuerdo, el otro lado, las cosas que pasan y esa obsesión. Así, el relato es un mapa arbitrario e innecesario que tiene la escueta ventaja de que se perfecciona un poco con los viajes.

(76)

58

Neologismos

Hay personas que inventan palabras con relativo sentido. Una amiga con la que, eventualmente, hablo de poesía, cierta vez, refiriéndose a un poeta menor pero que quizás

entonces estaba en su mejor momento, me dijo algo así: «Él barrea mucho. Todo lo que hace es barreado». La primera imagen que tuve, tratándose de un muchacho de provincias, fue la de un enajenado capaz de dirigir a un grupo de enajenados similares en el aliento fervoroso, un domingo de invierno, del tímido equipo local. La gradería, en esta imagen, era de madera y estaba, como es obvio, casi desierta. Pero tanto desconcierto duró apenas un segundo y la evocación de ese pueblo atravesado por el grito de un grupo de fanáticos se esfumó con la misma velocidad con la que había venido. No, no, ella no sabe de equipos de segunda división y el fútbol es una disciplina que no concuerda con la retórica de la contemplación. Ahora, que pasó algo de tiempo, pienso que se refería a una cantidad no determinada de vírgulas que, en un texto poético de innegable actualidad, sirven para separar cosas que naturalmente van juntas. Son esas líneas que no alcanzan a desunir del todo, a pesar de su existencia, cosas como la luz / y su azar / que designa / el sentido más curioso.

(82)